

¿Enseña la Biblia la Abstinencia Total

Guillermo H. Walker



¿Placer Vital o Peligro Mortal?

¿Enseña la Biblia la Total Abstinencia?

Por Guillermo H. Walker

Existe entre los líderes cristianos cierto desacuerdo en cuanto a lo que la Biblia enseñe respecto al uso de bebidas alcohólicas. ¿Enseña la Biblia la total abstinencia, o permite moderación en el beber?

Hay tres posiciones posibles:

- 1) La total abstinencia,
- 2) El beber con moderación, y
- 3) El tomar sin restricciones.

En cuanto a la tercera posición no cabe lugar para la discusión. La ebriedad es condenada una y otra vez en las Sagradas Escrituras. Efesios 5:18 denuncia: **“No os embriaguéis de vino, en lo cual hay disolución”**. La palabra griega “asotía” traducida “disolución” tiene el sentido de una vida abandonada y disoluta, como lo tenemos en Tito 1:6 y 1ª Pedro 4:4. La forma adjetival de “asotía” aparece en Lucas 15:13 donde leemos del pródigo que **“desperdió sus bienes viviendo perdidamente”**.

Está claramente declarado en 1ª Corintios 6:10 que “ni los borrachos... heredarán el reino de Dios”. Por lo cual, se puede suponer que todos concordarán en que el beber con tal exceso que produce la ebriedad está condenado en la Palabra, y es considerado *pecado*.

Sin embargo, hay los que sostienen que la Biblia permite al creyente beber con moderación, con tal que conserve la sobriedad. Más adelante analizaremos los principales argumentos a favor de este punto de vista. El autor de estas líneas no comparte este concepto; más bien está convencido de que la voluntad de Dios para sus hijos, según se encuentra revelada en la Palabra, es la total abstinencia de toda forma de alcohol. Esta conclusión está basada en los siguientes pasajes:

1ª Pedro 1:13: “Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios...”

La palabra griega ‘nepho’ significa “ser templado o sobrio”. Ella y sus derivados se emplean nueve veces en el Nuevo Testamento (1ª Tesalonicenses 5:6-8; 1ª Timoteo 3:2, 11; 2ª Ti. 4:5; Tito 2:2; 1ª Pedro 1:13; 4:7; 5:8).

Al respecto de ese vocablo, W.E. Vine, en su “Diccionario Expositivo de Palabras del Nuevo Testamento”, señala: “‘nepho’ significa estar libre de la influencia de intoxicantes”. James Strong, en su concordancia, define la palabra ‘nepho’ como “abstenerse de vino”. Thayer, en su léxico griego-inglés del Nuevo Testamento, hace el siguiente comentario de la palabra ‘nephaleos’; “sobrio, templado, absteniéndose de vino, sea completamente o, por lo menos, de un uso desmesurado”.

En los ocho casos restantes en que aparece la palabra “nepho”, especialmente en 1ª Tesalonicenses 5:6-8 y 1ª Pedro 4:7, el contexto definitivamente indica un significado antialcohólico.

1ª Tesalonicenses 5:22: “Absteneos de toda especie de mal”.

La palabra griega traducida “absteneos” tiene el significado de “mantenerse alejado de”. ¿El alcohol, está asociado con lo bueno o lo malo? Al pensar en las innumerables vidas arruinadas, hogares destruidos, crímenes y pecados incontables que han seguido a la ingesta de bebidas alcohólicas, sería posible asociarlo con algo que no sea malo? Bien se ha expresado la Biblia, al declarar que “**el vino es escarnecedor**” (Prov. 20:1). ¡Absteneos, pues, de él...!



1ª Corintios 10:31: “Si, pues, coméis, o bebéis, o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios”.

Si sabemos que el ingerir de dos o tres copitas acarreará la ebriedad, la cual es denunciada como pecado atroz, ¿nos será posible tomar un trago para la gloria de Dios? ¿Será que el olor de la bebida en el aliento del creyente, traiga gloria al Dios a quien él profesa servir? Si no es posible beber “para la gloria de Dios”, mejor es abstenerse del todo.

Gálatas 5:17-23. En este pasaje se nos presenta el conflicto que hay en el creyente, entre la “carne” y el “espíritu”, y la obligación de ser dirigidos por el Espíritu Santo. Entre las obras de la carne figura la borrachera, mientras que un fruto del Espíritu es la “templanza”. A la luz de este pasaje, ¿es guiado por el Espíritu Santo quien toma su primer trago, o es impulsado por la carne?

Hagamos memoria de que estos dos están en conflicto. Sabemos que es la carne la que impulsa a la víctima a tomar el trago que le lleve a la ebriedad. Piensa en ese primer sorbo. ¿Sería posible que el Espíritu impulse al creyente a tomar el primer trago, mientras que la carne clame, “No, no te conviene eso”? ¡Jamás! En la vida dirigida por el Espíritu, Él controla y capacita al creyente cuya voluntad ha sido rendida, de forma que éste no tomará ningún paso hacia la ebriedad. Cuando el Espíritu Santo está en control y produce las virtudes aquí

enumeradas, habrá una total separación del “escarnecedor” (Prov. 20:1). Es inconcebible que el Espíritu Santo guíe al hijo de Dios a beber aun moderadamente.

Romanos 13:13-14: “**Andemos como de día, honestamente** (o ‘decentemente’); **no en glotonerías y borracheras, no en lujurias y lascivias**” (las que, según Thayer, serían fiestas y orgías que se prolongan hasta las altas horas de la noche, entregadas a la licencia)..., “**sino vestios del Señor Jesucristo, y no proveáis** (ni la ocasión) **para los deseos de la carne**”.

Este pasaje trata particularmente del asunto en discusión. Orgías y borracheras son condenadas. Esto no es nada menos que la abstinencia total. Cuando el bebedor toma un solo trago, ¿no está ya haciendo provisión para la carne y sus deseos? Aquellos que han desechado “las obras de las tinieblas”, y se han “vestido del Señor Jesucristo”, han roto con el alcohol.

Romanos 12:2: “**No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta.**”

Se espera que el creyente lleve una vida diferente. No es para nosotros el imitar a la oruga que busca matizar con los colores que le rodean, arrastrándose, sino más bien el tener presente la increíble metamorfosis de la mariposa. Lejos de arrastrarse, ahora vuela de flor en flor, cosa claramente diferente.

Si el creyente se propone beber con moderación, ¿en qué difiere de la multitud de inconversos que ‘sólo’ toman su copa social? No hay diferencia. Se está conformando a lo que la gran mayoría hace constantemente. Es más, queda tan expuesto como ellos a beber con exceso.

¿Será posible que el creyente viva una vida transformada con el olor de la bebida en su aliento? Es el mismo olor que se desprende del cuerpo flácido tendido en la taberna. La única forma de obedecer las palabras de Romanos 12:2, en lo que a las bebidas alcohólicas se refiere, es la abstinencia total de toda bebida alcohólica.

1ª Corintios 8:13: “**Por lo cual, si la comida le es a mi hermano ocasión de caer, no comeré carne jamás, para no poner tropiezo a mi hermano.**”

¿Es la conciencia de alguno tan insensible y su mente tan cerrada que crea que pueda beber en moderación sin perjudicarse y apartarse de la voluntad de Dios? Entonces, reflexione en los efectos que su acción podría tener sobre otros. ¿Qué, si los hijos le ven tomando un trago de vez en cuando en su casa? ¿Qué efectos tendrá? ¿Practicarán ellos la moderación cuando les toca comenzar a beber? Más adelante, ¿no se quebrantará el corazón de este padre al verlos reducidos al estado de inútiles alcohólicos?

Si el lector fuera responsable de una clase en la escuela dominical, ¿sus alumnos no descubrirían el olor de bebida en sus labios? ¿Se atreve a iniciarlos en el camino de los bebedores, con la esperanza de que sólo beban con moderación? ¿Qué valor tendrá su testimonio de creyente cuando le ven entrar en la taberna o al bar para tomar alcohol? ¿Se animaría a hablar al camarero de la salvación de su alma?

Uno de los asuntos candentes en los días de Pablo era la cuestión de comprar y comer la carne que había sido sacrificada a los ídolos en los templos paganos y que se vendía después en los mercados públicos. Él bien sabía que esa carne era tan comestible *después* del rito pagano como *antes*. Sin embargo, por causa de la conciencia de ciertos creyentes que consideraban que, al comer esa carne, uno se hacía participante del culto pagano, Pablo prefería *abstenerse totalmente* de comer tal carne. ¿Habría solucionado el problema y tranquilizado la conciencia del hermano si hubiese dicho, “Ah, pero, hermano, yo no como más que un pedacito; eso no tiene importancia”?

De la misma manera el creyente debe abstenerse de todo lo que pudiera ser ‘piedra de tropiezo’ para otro, ya sean bebidas alcohólicas u otra cosa. No quiere que nadie tropiece por culpa suya y caiga en el camino. (Compárese: **Mt. 18:6**; Rom. 14:13, 15-17, 20-22).

Resumiendo lo antedicho: el creyente que entiende que la voluntad de Dios para él es nada menos que la abstinencia total, este creyente

- 1) procura: ser “completamente sobrio”,
- 2) procura: apartarse de “toda especie de mal”,
- 3) procura: hacer “todo para la gloria de Dios”,
- 4) procura: ser “guiado por el Espíritu Santo”,
- 5) procura: no hacer “provisión para la carne”,
- 6) procura: vivir una “vida transformada”, y
- 7) procura: ser de “bendición para otros”, en lugar de “tropiezo”.

Hay los que hacen la pregunta: ¿No hay algunos versículos en la Biblia que permiten beber con moderación? Hay cinco pasajes que algunas veces han dejado confusos a ciertos creyentes sinceros. Será útil considerarlos:

Juan 2:1-11. El Señor obró su primer milagro convirtiendo el agua en vino. Los que enseñan que el vino empleado era fermentado, lo utilizan como prueba de que el Señor diera su aprobación al beber con moderación. Sin embargo, una consideración algo más detenida de este pasaje revela un cuadro muy distinto.

Si suponemos que los convidados hayan estado ingiriendo vino fermentado y estén ya ‘satisfechos’ (“ya han bebido mucho” - v. 10), ¿cómo podemos luego

suponer que Cristo enseñara “la templanza”, si, ya en este instante, añadiera tal enorme cantidad de 400 a 600 litros de vino alcoholizado, que, según el maestresala, fuera ‘mejor’ (más fuerte) de lo consumido ya? Eso, sí, que habría provocado una orgía de borrachos. Precisamente, de esta manera ciertos ateos y otros, pretenden pintar negativamente al Señor, en su propaganda blasfema...

¿Por qué, pues, procedió el Señor a convertir el agua en ‘vino’? No existe problema cuando comprendemos que la palabra griega “oinos” se emplea en el Nuevo Testamento tanto para el vino dulce (el jugo de uva), como para el vino fermentado (en Lc. 5:37-39 se menciona como “vino nuevo”). Lo mismo pasa con la ‘sidra’; en ciertas regiones puede indicar ‘sidra dulce’ o ‘sidra fuerte’.

Lyman Abbot, en su diccionario, arroja luz sobre el uso del vocablo cuando dice: “El vino fermentado era el menos común (en tiempos bíblicos) y el porcentaje de alcohol reducido. El ‘vino nuevo’ carecía completamente de alcohol y fácilmente se conservaba en este estado durante varios meses. Había vinos en que, por hervir o por la adición de ciertas sustancias, el proceso de fermentación era retardado y el alcohol excluido. Estos se mezclaban con agua y constituían la bebida habitual del país”.

No es posible que el maestresala dijera que el vino que el Señor había producido fuera mejor que el ‘fermentado’, el que acababan de ingerir. Alguien acostumbrado al vino alcohólico, ¿diría que el ‘jugo de uva’ fuera mejor, habiendo recién tomado un vino fermentado bien sazonado?

Esta es una objeción que no constituye problema serio. Si el Hijo de Dios es capaz de transformar agua en ‘vino’, ¿no será capaz de producir una bebida que evoque semejante elogio de exquisitez? Sea lo que fuere, lo que Él produzca, tendrá que ser lo mejor.

Decir que el vino producido por Él fuera mejor porque tuviera más alto grado de alcohol, sería igual que acusarle de querer embriagar del todo a los convidados. El pasaje constituye un buen ejemplo, o de abstinencia total (si Cristo hizo vino dulce), o de ebriedad y orgía (si hizo vino fermentado). Teniendo en cuenta que los convidados habían ya “bebido mucho” y que la cantidad de vino nuevo producido era muy grande, no existió lugar para ‘beber alcohol con moderación’. Conociendo bien el carácter del Señor Jesucristo y las repetidas anatemas contra los bebedores y la ebriedad en la Biblia, quedamos satisfechos en creer que el vino que Él creó era vino dulce, no fermentado.

Mateo 11:16-19. En este pasaje, el Señor observó que su rechazo por parte del pueblo era inminente. Jesús no era más popular para el pueblo de Israel que Juan el Bautista. Juan vivió apartado en el desierto, y se dijo de él “demonio

tiene”. En contraste, Jesús andaba libremente entre el pueblo, comiendo y bebiendo con ellos, y se decía: “He aquí un hombre comilón y bebedor de vino...”. Es evidente que la acusación era falsa en ambos casos. Ni Juan tenía demonio, ni era Jesús hombre comilón, ni bebedor.

Como ya se ha observado, una variedad de vinos dulces, similares a nuestro ‘jugo de uva’, eran usados en los días del Señor. Del mismo modo en que Él participó de la última cena con sus discípulos, usando el “fruto de la vid”, así es razonable creer que bebía de los vinos no alcohólicos que se acostumbraba servir en aquellos tiempos.

Emplear las palabras de aquel pasaje en Mateo para alegar que el Señor Jesús tomaba bebidas alcohólicas, significaría dar a las Escrituras un sentido que no les cabe y, al mismo tiempo, mostrar ignorancia de las costumbres de aquellos tiempos. Es más, borda a lo blasfemo sugerir que el Señor fuera bebedor (Pr. 23:20-21). El único caso registrado en que se le ofreció vino embriagante es cuando colgaba del madero, y lo rehusó (Mr. 15:23).

1ª Timoteo 5:23. “**Ya no bebas agua, sino usa de un poco de vino por causa de tu estómago y de tus frecuentes enfermedades**”. No está claro si Pablo recomendaba a Timoteo el uso de algún vino fermentado o uno de los vinos dulces no fermentados. Como ya hemos indicado, la palabra griega ‘oinos’ admite de ambas traducciones. Por razón de su mal de estómago, le habría convenido más a Timoteo ingerir el sencillo jugo de uva.

1ª Timoteo 3:3, 8 y Tito 1:7; 2:3. La conclusión deducida de estos pasajes a favor del ‘beber con moderación’ se funda en un argumento de que la Biblia condene el mucho beber pero se calle en lo que respecta al ‘beber con moderación’. Por ejemplo: tanto 1ª Timoteo 3:3 como Tito 1:7 prohíben que el anciano sea un “paroinon”, que quiere decir, “uno que se detiene largamente junto al vino”. Luego 1ª Timoteo 3:8 prohíbe a los diáconos ser “dados a mucho vino” y Tito 2:3 manda a las mujeres de edad que no sean “esclavas del vino”. Los que quieren enseñar que se puede beber, con tal que sea en moderación, arguyen que estos pasajes condenan el mucho beber pero no el beber poco; por consiguiente, dicen, la Biblia consiente que se beba poco.

¿Qué si empleáramos la misma lógica en cuestiones de inmoralidad? En 1ª Tesalonicenses 4:3 leemos “que os apartéis de fornicación”. Nada dice allí de los pasos que conducen a este pecado tan reprensible. ¿Podríamos aceptar que la lujuria, los abrazos de mujer ajena y otras libertades indebidas con el sexo opuesto, son, por lo tanto, permisibles? Del mismo modo, los pasajes bajo consideración condenan el beber con exceso y aunque no dicen nada del beber con

moderación, hay otros pasajes que enseñan el peligro de tomar el primer trago que puede conducir eventualmente a la ebriedad. En realidad, la palabra “nephalion”, traducida “templado” o “sobrio”, excluye la bebida en cualquier forma, porque aquel que se encuentra bajo la influencia del alcohol en el menor grado, ya está violando el mandato de Dios de ser sobrio.

Es de notar que Dios condena el pecado desde su comienzo hasta su consumación. El odio es condenado al igual que el homicidio. La codicia es pecado tanto como el robo. Mirar a una mujer con codicia es pecado así como lo es el acto de adulterio. Aquellos primeros sorbos que podrían terminar en la borrachera son obra de la carne y completamente fuera de la voluntad de Dios.

1ª Corintios 10:23. “**Todo me es lícito, pero no todo conviene; todo me es lícito, pero no todo edifica**”. De este pasaje y su contexto y pasajes relacionados nace el argumento para la libertad cristiana. Se argumenta que, por cuanto “todo me es lícito”, me es permisible por cierto tomar de vez en cuando una copita. Es más, otros no tienen el derecho de juzgar mi libertad. Una cuidadosa exégesis de este pasaje da resultados interesantes. Uno ve, como lo expresaba tan acertadamente Karl D. Hummel, que “en estos versos hay más de limitación que de libertad”.

En lugar de escribir a los corintios que hicieran como mejor les pareciera con respecto a la carne sacrificada a los ídolos, Pablo indica en el verso 28: “Mas si alguien os dijere: ‘Esto fue sacrificado a los ídolos’; **no** lo comáis, por causa de aquel que lo declaró, y por motivos de conciencia”. No era asunto en que cada uno pudiera decidir para sí. Con toda autoridad apostólica Pablo declara: “**no** lo comáis”.

Luego, la pregunta que sigue en el 29, “**Pues ¿por qué se ha de juzgar mi libertad por la conciencia de otro?**”, se ha tergiversado. Es un error deducir de esta pregunta que el creyente tenga libertad de hacer lo que su propia conciencia le dicte y que ningún otro tenga derecho de juzgarle. Pablo acaba de establecer todo lo contrario. La libertad del creyente es limitada muy ciertamente por lo que otros piensan, y lo es (precisamente) por esta razón que Pablo pronuncia, la de “no lo comáis” en el versículo 28. De otra manera, comiendo esa carne bajo pretexto de la “libertad cristiana”, esa misma libertad sería criticada y condenada. Pablo afirma que es la voluntad de Dios que los corintios se abstengan de comer aquello, a fin de que otro no juzgue su uso de esa libertad.

Es cierto que Cristo nos ha libertado. Somos libres y no estamos bajo esclavitud a la Ley, ni al pecado, ni a la muerte. Sin embargo, es igualmente cierto que **no somos nuestros** (1ª Cor. 6:19-20). Somos esclavos de nuestro bendito Señor.

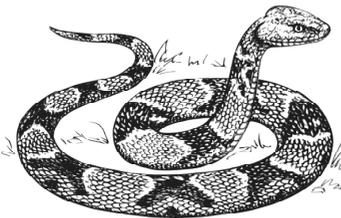
Fuimos **“comprados por precio”**. No es cuestión de tener, o no tener, la libertad de beber con moderación. Más bien se trata de esto: ¿Le complace al Señor que bebamos con moderación? ¿O le complace que absten-gamos completa-mente de aquello que enganche a su siervo con el “escarnecedor”?

Interpretar el pasaje de 1ª Corintios 10 en el sentido de que todo se pueda hacer, abriría la puerta a cualquier exceso, sea en el beber o en cualquier otro mal. “Todo me es lícito” tiene que leerse a la luz del contexto, es decir, a la luz de lo que dice el apóstol acerca de la “carne sacrificada a ídolos”. ¿A qué se estaba refiriendo Pablo en el 25? Se estaba refiriendo a “todo lo que se vende en la carnicería”. ¿Qué persona sensata vendría a decirnos que la Palabra de Dios aquí apruebe el inyectarse heroína, o el uso de tabaco u otras drogas para la satisfacción de su carne? Tales ‘libertades’ **no** pueden considerarse “lícitas” delante del Señor. Por la misma razón no puede manipularse este versículo para argumentar que el alcohol sea “lícito”.

“Si la trompeta diere sonido incierto, ¿quién se preparará para la batalla?” (1ª Cor. 14:8). Mientras la Iglesia de Dios esté dando un “sonido incierto”, y muy débil acerca del alcoholismo, los creyentes no estarán para dar batalla contra este temible arma de Satanás, y el número de alcohólicos aumenta a paso acelerado. La hora ha llegado para que la Iglesia se declare decididamente en contra de este mal y a favor de una abstinencia total.

“No mires al vino cuando rojea, cuando resplandece su color en la copa. Se entra suavemente; mas al fin como serpiente morderá, y como áspid dará dolor. Tus ojos mirarán cosas extrañas, y tu corazón hablará perversidades...”

“Cuando despertare, aún lo volveré a buscar” (Prov. 23).



EL FRUTO DE LA VID

Eduardo Gordon

¡El contraste entre el ‘fruto de la vid’ y el vino fermentado no podría presentarse más elocuentemente que en lo expresado por Pablo, cuando en 1ª Corintios 10 y 11 escribe de la “copa del Señor” y de la “copa de los demonios”! Nada podría simbolizar más precisamente el poder vivificador de Cristo que estos alimentos perfectos: el trigo y la uva. El ‘fruto de la vid’ contiene los elementos delicados que son tan esenciales a la vida y prosperidad del cuerpo. El doctor Pfeiderer analiza su contenido general así: 2.8% albumen, 83.7% carbohidratos, 1.2% ácidos y extractivos, y 2.3% sales minerales. La fermentación destruye el 98.5% de los carbohidratos, 47% de los ácidos y extractivos, y el 76% de las sales minerales. La vida no está más. El cuerpo de la uva se ha transformado en cadáver líquido. No olvidemos tampoco que el invento de la ‘destilación’, posterior a la Biblia, elevó a un nivel **mucho** más alto el contenido alcohólico del llamado ‘vino’.

“Y vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera” (Gn. 1:31). El Creador de la vid hizo de ella un árbol de vida. Buttner declara que la uva contiene agua “más pura que la del mejor manantial, elaborada y filtrada a través de los tejidos de una multitud de células vegetales”; y Clerc dice que “son casi milagrosas las operaciones químicas que transforman el agua del suelo en una bebida delicadísima y saludable”. El fruto de la vid mengua el ácido úrico, reduce la acidez, disminuye la fermentación intestinal, y estimula la función hepática. Es todo un pequeño sanatorio en sí, y por ende, simboliza el ministerio universal y vital de nuestro Señor.

El alcohol, sin embargo, es el promotor de la enfermedad. Quema y destruye ese ‘sanatorio’ hermoso de la naturaleza. El Creador cuando apareció en la carne, ¿podría haber hecho en la boda de Caná una bebida dañina? Hay dos ocasiones, ejemplos de su vida humana, que dejan ver su actividad creadora: creó el ‘vino’ en la boda (Jn. 2), y creó el pan para alimentar a las multitudes (Jn. 6). ¿Acaso creó pan enmohecido, o pescado podrido? ¡Es imposible creer tal cosa!

El Vino de la Santa Cena

Se argumenta del relato de la última cena, que Cristo bebiera vino alcohólico. Pero era la fiesta de la Pascua, y “los judíos en todo el mundo, con pocas excepciones, guardan la Pascua con el uso de vino **sin** fer-

mentar” (Prof. Sutrt). Otro profesor (Marks, de la universidad de Londres) declara: “En la Pascua y en toda fiesta judáica donde se ‘consagra’ el vino, la costumbre es prepararlo de pasas, inmediatamente antes de la ceremonia”. También se seguía la práctica de tener presente agua caliente para agregar, impidiendo así cualquier posible fermentación.

(Tal vez el hombre que llevaba un cántaro de agua, en Marcos 14:13, fuera referencia a este uso de agua en la Pascua).

El agregado de agua al ‘vino’ en la Santa Cena, una práctica de la iglesia primitiva, seguía la costumbre judaica, motivada por la misma consideración. W. Christie, conocedor de costumbres judaicas y literatura rabínica, dice: “El vino de la Pascua siempre fue mezclado en la proporción de uno de vino a tres de agua. Y hasta que esto se hiciera, no se pronunciaba ninguna bendición sobre él”.

Para el lector es fácil verificar que la misma palabra ‘vino’ no ocurre ni una vez en relación con la ‘cena’ que Jesús instituyó. El vino, una vez fermentado, podía intoxicar, pero nunca el “fruto de la vid”. Es del “fruto de la vid” que habla Jesús. Él y Pablo, en su relato de la institución de la ‘cena’ (1ª Co. 11:23-32), sólo mencionan: “la copa”.

Los apóstoles conocían el mandamiento de la ley que prohibía el uso de ‘vino o bebida fuerte’ a los sacerdotes cuando entraban al Tabernáculo. Era estatuto perpetuo (Lv. 10:9-10). El ministerio sacerdotal estaba limitado al Tabernáculo y al Templo. En la nueva dispensación el ‘sacerdocio universal’ incluye a **todos** los creyentes en **todo** tiempo. De ahí pues, que la ley perpetua contra el uso ministerial del vino se extendería naturalmente a todo el sacerdocio de creyentes en todo lugar y en todo tiempo. Fenelón escribe, citando a Baronio: “La práctica de la abstinencia era *tan* común entre los cristianos primitivos, y considerada por ellos de *tan* gran importancia, que en algunos lugares se suscitaba escándalo si un cristiano se apartara de esa costumbre, y participara de vino embriagante.”

“Por tanto, no durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios. Pues los que duermen, de noche duermen, y los que se embriagan, de noche se embriagan. Pero nosotros, que somos del día, seamos sobrios, habiéndonos vestido con la coraza de fe y de amor, y con la esperanza de salvación como yelmo” (1ª Tes. 5:6-8).

HE AQUÍ, EL CONTRASTE: Los del **Día**, ‘velan’, están firmes y son abstemios; los de la **Noche**, ‘duermen’ y están relacionados con los intoxicados.



En Argentina.

**“De todas las muertes
en accidentes:
el 50% ocurre a causa
del alcohol.”**

Nota publicada por el diario La Nación
(Buenos Aires) del 26 de sept. de 2007.

Edita: PRESSING ON!

<pressingonstill@gmail.com>

http://ntmu.net/?page_id=1211